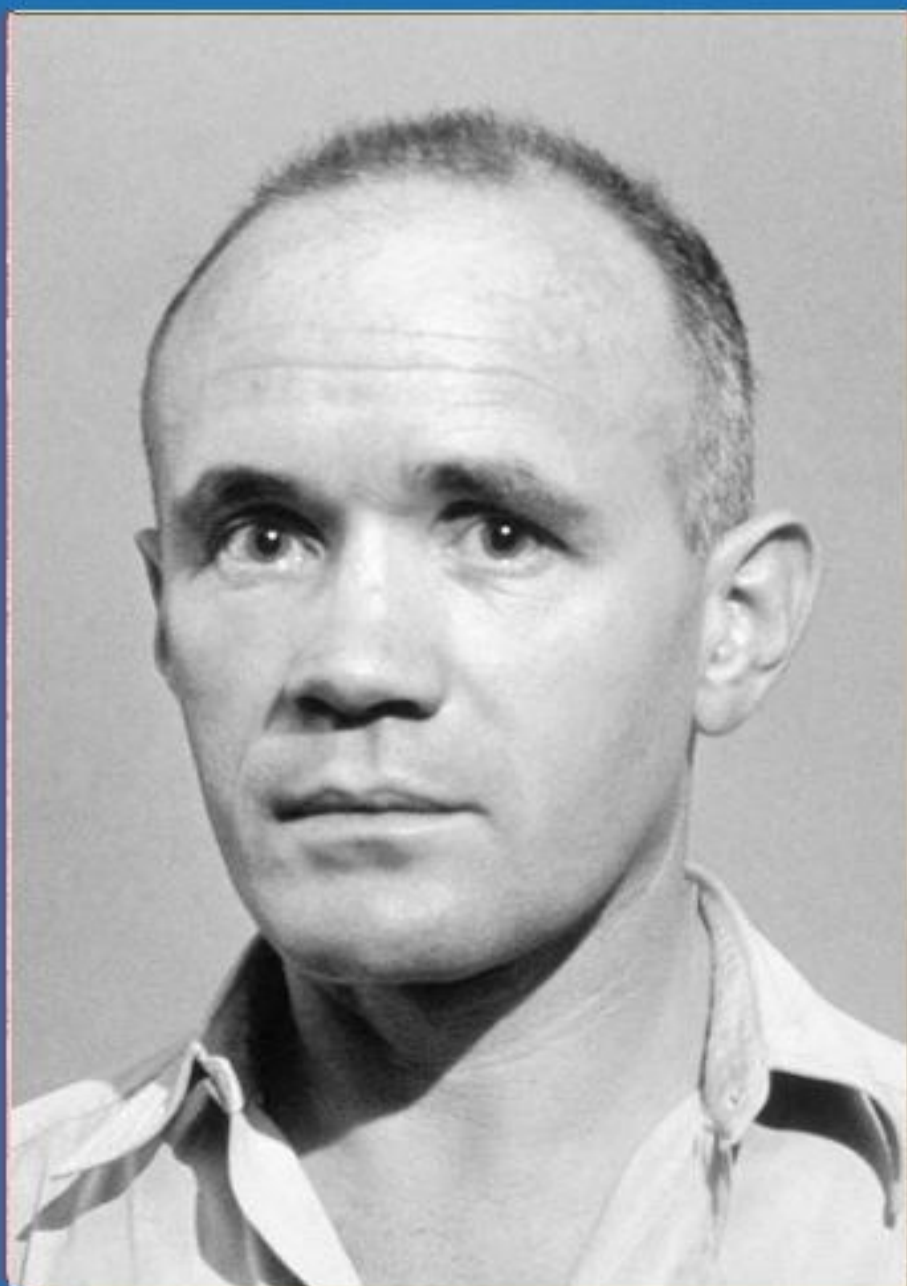


se



Jean Genet

LAS CRIADAS

Lectulandia

Claire y Solange son dos hermanas que trabajan como criadas para una dama de la alta burguesía francesa, con la que mantienen una relación tensa y distante. Cuando la Señora está ausente, ambas emprenden un juego de interpretación, en el que se intercambian los papeles, y asumen el personaje de su jefa. En estos juegos, que llevan a cabo en el dormitorio de la Señora, se puede apreciar los sentimientos encontrados de ambas hacia la dueña: amor y admiración, y también envidia y odio. Al límite, llegan incluso a simular su asesinato. La situación se complica y degenera. De hecho, Claire denuncia por escrito al amante de la Señora (*Madame*); pero éste, es excarcelado por falta de pruebas y las criadas temen que su juego sea descubierto. En su desequilibrio, preparan el asesinato real de la señora pretendiendo hacerla beber tisana envenenada, aunque aquella finalmente no bebe la poción. En la escena final, Claire interpretando el papel de *Madame*, toma el veneno de manos de la hermana. Solange, presiente que será acusada de asesinato, espera la llegada de los gendarmes quedando quieta sobre el escenario cruzada de manos simulando estar esposada.

La obra transcurre en la alcoba de La Señora, un espacio de lujo, exquisiteces y banalidad, y en contraposición el espacio ausente de las sirvientas, descrito por ellas mismas: «Vuelvo a mi cocina. En ella encontraré mis guantes (guantes de goma para fregar) y el olor de mis dientes. El eructo silencioso del fregadero. Usted tiene sus flores yo mi fregadero».

Las criadas es una obra que explora sin concesiones la dialéctica de la opresión y que explora sin ambigüedades el odio de clase que conduce inexorablemente hacia un crimen difícil de comprender, un crimen totalmente ilegítimo desde el punto de vista de las relaciones burguesas.

Jean Genet

Las criadas

ePub r1.0

Titivillus 25.02.2020

Título original: *Les Bonnes*
Jean Genet, 1947
Traducción: Desconocido
Diseño de cubierta: lgonzalezp

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PERSONAJES

CLARA

SOLANGE

LA SEÑORA

ACTO ÚNICO

La habitación de LA SEÑORA. Muebles Luis XV. Encajes. En el fondo una ventana abierta que da a la fachada del inmueble de enfrente. A la derecha la cama. A la izquierda la puerta y una cómoda. Flores por todas partes. Anochecer.

CLARA *(de pie en combinación, de espaldas a la coqueta. Su ademán —tiende el brazo— y su tono, serán de un trágico exacerbado).*— ¡Y estos guantes! Estos eternos guantes. Mira que te lo he dicho y repetido que los dejaras en la cocina. Con eso, me figuro, esperas enamorar al lechero. No, no, no mientas. Es inútil. Cuélgalos encima del fregadero. ¿Cuándo comprenderás que esta habitación no hay que profanarla? Todo, absolutamente todo lo que viene de la cocina es esputo. Sal. Y llévate tus esputos. Pero para. *(Durante este discurso, SOLANGE estaba jugando con un par de guantes de goma y observaba sus manos enguantadas, a veces juntando los dedos y otras veces separándolos.)* No te prives, hazte la mosquita muerta. Y sobre todo, no te des prisa. Tenemos tiempo de sobra. ¡Sal! *(SOLANGE, de repente, cambia de actitud y sale humildemente sujetando con la punta de los dedos los guantes. CLARA se sienta ante la coqueta. Olfatea las flores, acaricia los objetos de aseo, se cepilla el pelo, se arregla la cara.)* Prepare mi vestido. De prisa, no tenemos tiempo. ¿No está aquí? *(Se vuelve.)* ¡Clara! ¡Clara! *(Entra SOLANGE.)*

SOLANGE.— Que la señora tenga la bondad de disculparme. Estaba preparando la infusión *(pronuncia la infusión)* de la señora.

CLARA.— Prepare mis trajes. El vestido blanco de lentejuelas. El abanico, las esmeraldas.

SOLANGE.— Sí, señora. ¿Todas las joyas de la señora?

CLARA.— Sáquelas. Quiero escoger yo misma. Y claro está, los zapatos de charol. Esos que tanto codicia usted desde hace años. *(SOLANGE saca del armario algunos estuches. Los abre y los dispone sobre la cama.)* Para su boda, me figuro.

Confiese que la sedujo. Que está usted embarazada. Confiéselo. (*SOLANGE se pone en cuclillas sobre la alfombra y escupiendo sobre los zapatos les saca brillo.*) Ya le dije, Solange, que evitara los esputos. Que duerman en su cuerpo, hija mía, y que se pudran en él. ¡Ja! ¡Ja! (*Ríe nerviosa.*) Que el caminante extraviado se ahogue en ellos. ¡Ja! ¡Ja! Es usted feísima, tesoro mío. Inclínese más y mírese en mis zapatos. (*Alarga el pie y SOLANGE lo examina.*) ¿Se figura que es cosa grata para mí saber que mi pie está envuelto entre los velos de su saliva? ¿Entre la bruma de sus pantanos?

SOLANGE (*de rodillas y muy humilde*).— Deseo que la señora esté guapa.

CLARA.— Lo estaré. (*Se arregla ante el espejo.*) Usted me odia, ¿verdad? Me ahoga con sus atenciones, con su humildad, con las espadañas y la reseda. (*Se levanta y dice en un tono más bajo.*) Es un estorbo inútil. Hay demasiadas flores. Es mortal. (*Se mira otra vez.*) Estaré guapa. Más de lo que pueda usted serlo en su vida. Porque con este cuerpo y esta cara nunca podrá seducir a Mario. Ese joven lechero ridículo nos desprecia y si le ha hecho un hijo...

SOLANGE.— ¡Oh!, pero si yo nunca he...

CLARA.— Cállese, idiota. Mi vestido.

SOLANGE (*lo busca en el armario, apartando otros*).— El vestido rojo. La señora se pondrá el vestido rojo.

CLARA.— He dicho el blanco con lentejuelas.

SOLANGE (*dura*).— Lo siento. Esta noche la señora llevará el vestido de terciopelo escarlata.

CLARA (*ingenuamente*).— ¿De verdad? ¿Por qué?

SOLANGE (*fría*).— No puedo olvidar el pecho de la señora bajo los pliegues de terciopelo. ¡Cuando la señora suspira y habla al señor de mi fidelidad! Un traje negro le sentaría mejor a su viudedad.

CLARA.— ¿Cómo?

SOLANGE.— ¿Tendré que precisar?

CLARA.— ¡Ah! Te refieres... Muy bien. Amenázame. Insulta a tu ama. Solange, ¿te refieres, verdad, a las desgracias del señor? Tonta. No es éste el

momento de recordármelo, pero de esta indicación voy a sacar gran provecho. ¿Sonríes? ¿Lo dudas?

SOLANGE.— Aún no ha llegado el momento de resucitar...

CLARA.— ¿Mi infamia? ¡Mi infamia! ¡Resucitar! ¡Qué palabra!

SOLANGE.— ¿Señora?

CLARA.— Ya veo a dónde quieres ir a parar. Ya oigo el zumbido de tus acusaciones. Desde el principio me insultas, andas buscando el momento de escupirme en la cara.

SOLANGE (*digna de compasión*).— Señora, señora, aún no hemos llegado ahí. Si el señor...

CLARA.— Si el señor está en la cárcel, es gracias a ti. ¡Atrévete a decirlo! ¡Atrévete! ¡No tienes pelos en la lengua! ¡Habla! Yo obro clandestinamente, camuflada por mis flores. Pero nada puedes contra mí.

SOLANGE.— La palabra más insignificante le parece una amenaza. Que recuerde la señora que soy la criada.

CLARA.— Por haber denunciado al señor a la policía, por haber aceptado venderle, yo estaría a tu disposición. Y eso que yo hubiera hecho peor aún. Mejor. ¿Crees que no sufrí? Clara, yo obligué a mi mano, ¿me oyes?, la obligué lentamente, firmemente, sin error, sin tachaduras, a trazar esa carta que iba a mandar a mi querido al presidio. Y tú, en vez de sostenerme, me desafiás. ¡Hablas de viudedad! El señor no está muerto, Clara. Al señor, de presidio en presidio, le llevarán hasta la Guayana quizá. Y yo, su querida, loca de dolor le acompañaré. Formaré parte del convoy. Compartiré su gloria. Hablas de viudedad; el vestido blanco es el luto de las reinas. Clara lo ignoras. ¡Te niegas a darme el vestido blanco!

SOLANGE (*fríamente*).— La señora llevará el vestido rojo.

CLARA (*con sencillez*).— Está bien. (*Severa.*) Dame el vestido. ¡Qué sola estoy y sin amigos! Veo en tus ojos que me odias.

SOLANGE.— La quiero.

CLARA.— Como se quiere al ama, supongo. Me quieres y me respetas. Y esperas mi donación, la cláusula a tu favor...

SOLANGE.— Haré lo imposible...

CLARA (*irónica*).— Ya sé. Me tiraría al fuego. (*SOLANGE ayuda a CLARA a ponerse el vestido.*) Abroche. No estire tanto. No intente liarme. (*SOLANGE se arrodilla a los pies de CLARA y arregla los pliegues del vestido.*) Evite rozarme. Échese hacia atrás. Huele a fiera. ¿De qué infecta buhardilla donde por la noche vienen a visitarla los criados, trae usted esos olores? ¡La buhardilla! ¡La habitación de las criadas! ¡El desván! (*Con donaire.*) Si hablo del olor de las buhardillas, Clara, es mero recordatorio. Allí... (*Señala un punto de la habitación.*) Allí las dos camas turcas separadas por la mesilla de noche. Allí la cómoda de pino con el altarcito a la Virgen. Eso es, ¿verdad?

SOLANGE.— Somos infelices. Me entran ganas de llorar.

CLARA.— Es cierto. Pasemos por alto nuestras devociones a la virgen de yeso, nuestro arrodillar. Ni siquiera hablaremos de las flores de papel... (*Ríe.*) ¡De papel! ¡Y el ramillo de palma bendita! (*Señala las flores de la habitación.*) ¡Mira estas corolas abiertas en mi honor! Soy una virgen más guapa, Clara.

SOLANGE.— Cállese.

CLARA.— Y allí la dichosa ventanuca por donde el lechero medio desnudo salta hasta su cama.

SOLANGE.— La señora va muy lejos. La señora...

CLARA.— ¡Sus manos! Que sus manos no vayan tan lejos. ¡Cuántas veces se lo murmuré! Apestan a fregadero.

SOLANGE.— ¡La cola!

CLARA.— ¿Cómo?

SOLANGE (*arreglándole el vestido*).— La cola. Le estoy arreglando la cola de su vestido.

CLARA.— ¡Apártese, sobona! (*A SOLANGE le da en la sien un taconazo con su zapato Luis XV. SOLANGE, en cuclillas, se tambalea y retrocede.*)

SOLANGE.— Ladrona, ¿yo? ¿Cómo?

CLARA.— Digo sobona. Si usted se empeña en lloriquear, hágalo en su buhardilla. Aquí, en mi habitación, sólo acepto lágrimas nobles. El bajo de mi vestido algún día estará cuajado de ellas, de lágrimas preciosas. Arregle mi peto, puta.

SOLANGE.— ¡La señora se encoleriza!

CLARA.— ¡Entre sus brazos perfumados la cólera me lleva! Me levanta, despego, arranco... *(Da un taconazo en el suelo.)* ... y me quedo. ¿El collar? Pero date prisa, no nos dará tiempo; si el vestido es demasiado largo haz un dobladillo con imperdibles. *(Solange se levanta y va a buscar el collar en un estuche, pero CLARA se adelanta a ella y se apodera de la joya. Sus dedos han rozado los de SOLANGE; horrorizada, CLARA retrocede.)* Guarde las manos lejos de las mías, su contacto es inmundo. Dese prisa.

SOLANGE.— No hay que exagerar. Sus ojos se encienden. Alcanza usted la orilla.

CLARA.— ¿Cómo?

SOLANGE.— Los límites, las fronteras. Señora, tiene usted que guardar las distancias.

CLARA.— ¡Qué lenguaje, hija mía! Clara. Te vengas, ¿verdad? Sientes que se acerca el instante en que abandonas tu papel...

SOLANGE.— La señora me comprende muy bien. La señora me adivina.

CLARA.— Sientes que se acerca el instante en que dejarás de ser la criada. Vas a vengarte. ¿Te preparas? ¿Afilas tus uñas? ¿Te despierta el odio? Clara, no olvides. Clara, ¿me oyes? Pero, Clara, ¿no me oyes?

SOLANGE *(distráida)*.— La oigo.

CLARA.— Gracias a mí tan solo existe la criada. Gracias a mis gritos y a mis gestos.

SOLANGE.— La oigo.

CLARA *(chilla)*.— Existes gracias a mí y me desafías. No puedes saber lo penoso que es ser la señora, Clara, ser el pretexto de tus melindres. Un poco más y dejarías de existir. Pero soy buena, pero soy guapa y te reto. Mi desesperación de amante me embellece aún más.

SOLANGE *(con desprecio)*.— ¡Su querido!

CLARA.— Mi desdichado querido, contribuye a mi nobleza, hija mía. Me engrandezco más y más para reducirte y exaltarte. Echa mano de todas tus artimañas. ¡Es la hora!

SOLANGE.— ¡Basta! ¡Dese prisa! ¿Está lista?

CLARA.— ¿Y tú?

SOLANGE *(primero suavemente)*.— Estoy lista, estoy harta de ser un objeto de asco. Yo también la odio...

CLARA.— Cálmate, hija mía, cálmate. *(Da golpecitos en el hombro de SOLANGE para incitarla a la serenidad.)*

SOLANGE.— ¡La odio! La desprecio. Ya no me impresiona. Resucite el recuerdo de su querido para que la proteja. ¡La odio! Odio su pecho lleno de exhalaciones balsámicas. ¡Su pecho... de marfil! ¡Sus muslos... de oro! ¡Sus pies... de ámbar! *(Escupe en el vestido rojo.)* ¡La odio!

CLARA *(sofocada)*.— ¡Eh! ¡Eh!, pero...

SOLANGE *(avanzando hacia ella)*.— Sí, señora, hermosa señora mía. ¿Se cree que todo le estará permitido hasta el final? ¿Cree que puede robarle la belleza al cielo y privarme de ella? ¿Elegir sus perfumes, sus polvos, su laca para las uñas, la seda, el terciopelo, el encaje y privarme de ellos? ¿Y quitarme al lechero? ¡Confiese! ¡Confiese lo del lechero! Su juventud, su lozanía, la conmueven, ¿verdad? Confiese lo del lechero. Porque Solange le dice a usted mierda.

CLARA *(enloquecida)*.— ¡Clara, Clara!

SOLANGE.— ¿Qué dice?

CLARA *(susurrando)*.— Clara, Solange, Clara.

SOLANGE.— Claro que sí. ¡Clara le dice mierda! Clara está aquí más clara que nunca. ¡Luminosa! *(Le da un bofetón a CLARA.)*

CLARA.— Clara, Clara... Usted... ¡oh!

SOLANGE.— La señora se creía protegida por sus barricadas de flores. Salvada por un destino excepcional, por el sacrificio. Pero no contaba con la rebelión de las criadas. Mire cómo se acerca, señora. Va a estallar y a desinflar su aventura. Ese señor no era sino un triste ladrón y usted una...

CLARA.— Te prohíbo...

SOLANGE.— ¿Prohibirme? ¡Qué chiste! La señora está atónita. Su cara se altera. ¿Desea un espejo? *(Le tiende a CLARA un espejo de mano.)*

CLARA *(mirándose con gusto)*.— Me hace más bella. El peligro me da una aureola y tú, Clara, eres todo tinieblas.

SOLANGE.— ... del infierno. Ya lo sé. Conozco el disco. Leo en su cara lo que hay que contestarle. Iré, pues, hasta el final. Las dos criadas están aquí —¡las fieles criadas!—. Embellézcase para humillarlas. Le hemos perdido el respeto. Estamos envueltas, mezcladas en nuestras exhalaciones, en nuestras pompas, en nuestro odio hacia usted. Vamos tomando cuerpo, señora. No se ría. Por favor, sobre todo no se ría de mi grandilocuencia.

CLARA.— Váyase.

SOLANGE.— Para servirla, también, señora. Vuelvo a mi cocina. En ella encontraré mis guantes y el olor de mis dientes. El eructo silencioso del fregadero. Usted tiene sus flores y yo mi fregadero. Soy la criada. Usted, usted, eso sí, no me puede profanar. Usted me lo pagará en el paraíso si es necesario. Preferiría seguirla hasta allí antes que abandonar mi odio a la puerta. Ríase un poco, ríase y rece de prisa, muy de prisa. ¡Ha llegado a lo último, querida! *(Golpea a CLARA en las manos y CLARA protege su garganta con ellas.)* ¡Quite las zarpas! Deje ver su frágil cuello. No tiemble. No se estremezca. Obro rápida y silenciosamente. Sí, voy a volver a mi cocina, pero antes termino mi tarea. *(De repente suena el despertador. SOLANGE se para. Las dos mujeres se acercan la una a la otra, emocionadas, y escuchan pegadas la una a la otra.)* ¿Ya?

CLARA.— Démonos prisa. La señora va a volver. *(Empieza a desabrocharse el vestido.)* Ayúdame. Se acabó... y no pudiste llegar hasta el final.

SOLANGE *(ayudándola. Con tono de tristeza)*.— Siempre ocurre lo mismo. Y por tu culpa. Nunca estás lista a tiempo. No puedo rematarte.

CLARA.— Lo que nos quita tiempo son los preparativos. Ten en cuenta que...

SOLANGE *(le quita el vestido)*.— Vigila la ventana.

CLARA.— Ten en cuenta que nos da tiempo. He dado cuerda al despertador para que podamos guardarlo todo. *(Se deja caer cansada en la butaca.)*

SOLANGE.— Hace un tiempo bochornoso esta noche. El día entero ha sido bochornoso.

CLARA.— Sí.

SOLANGE.— Y nos mata, Clara.

CLARA.— Sí.

SOLANGE.— Ya es la hora.

CLARA.— Sí. (*Se levanta, cansada.*) Voy a preparar la infusión.

SOLANGE.— Vigila la ventana.

CLARA.— Nos da tiempo. (*Se enjuga la cara.*)

SOLANGE.— ¡Aún te miras! Clara, hija mía...

CLARA.— Estoy cansada.

SOLANGE (*dura*).— Vigila la ventana. Con lo torpe que eres, nada estaría en su sitio. Y tengo que limpiar el vestido de la señora. (*Mira a su hermana.*) ¿Qué te pasa? Puedes parecerte a ti misma ahora. Pon la cara de siempre. Vamos, Clara, vuelve a ser mi hermana...

CLARA.— Estoy rendida. Esta luz me mata. ¿Crees que la gente de enfrente...?

SOLANGE.— ¿Qué más nos da? No quisieras que nos organizáramos en la oscuridad. Cierra los ojos. Cierra los ojos, Clara. Descansa.

CLARA (*se pone su humilde vestido negro*).— Cuando digo que estoy cansada, es un decir. No aproveches la ocasión para compadecerte de mí. No me intentes avasallar.

SOLANGE.— Quisiera que descansaras. Cuando descansas es cuando más me ayudas.

CLARA.— Te comprendo. No te expliques.

SOLANGE.— Sí, me explicaré. Eres tú quien ha empezado. Primero cuando aludiste al lechero. ¿Crees que no adiviné lo que pensabas? Si Mario...

CLARA.— ¡Oh!

SOLANGE.— Si el lechero me dice cosas soeces al anochecer, a ti también te las dice. Pero te sentías muy feliz pudiendo...

CLARA (*se encoge de hombros*).— Más valdría que miraras si todo está en orden. Mira, la llave del escritorio estaba puesta así. (*Arregla la llave.*) Y sobre los claveles y las rosas es imposible, como dice el señor, no...

SOLANGE (*violentemente*).— Te sentías feliz antes pudiendo mezclar tus insultos.

CLARA.— ... descubrir un pelo de una u otra criada.

SOLANGE.— Y los detalles de nuestra vida privada con...

CLARA (*irónica*).— Con, con, ¿con qué? Da un nombre. Da un nombre a la cosa. ¿La ceremonia? Además, no nos da tiempo de empezar una discusión aquí. Pero, Solange, es nuestra esta vez. Te envidio por haber visto su cara al enterarse del arresto de su querido. Esta vez hice un buen trabajo. ¿Lo reconoces? De no haber sido por mí, sin mi carta de denuncia no hubieras asistido a este espectáculo: el querido con las esposas y la señora llorando. Puede morirse del disgusto. Esta mañana no podía estar de pie.

SOLANGE.— Mejor. Que se muera. Y que yo herede por fin. No volver a poner los pies en esa siniestra buhardilla entre esos imbéciles, entre una cocinera y un ayuda de cámara.

CLARA.— A mí me gustaba nuestra buhardilla.

SOLANGE.— No te enternescas. ¿Te gusta? Para contradecirme. Yo la odio. La veo tal y como es. Siniestra y desnuda. Despojada, como dice la señora. Pero, en fin, nosotras somos unas piojosas.

CLARA.— Vamos, no empieces de nuevo. Mejor es que mires por la ventana. No puedo ver nada, es demasiado oscura la noche.

SOLANGE.— Tengo que hablar, tengo que desahogarme. Me gustó la buhardilla porque su pobreza me obligaba a hacer pobres ademanes. Ningún cortinón que levantar, ninguna alfombra que pisar, nada de muebles que acariciar... con la mirada o con el trapo, nada de espejos, nada de balcones. Nada nos obligaba a un gesto demasiado pomposo. (*Obedeciendo a una señal de CLARA.*) Pero tranquilízate, en la cárcel podrás seguir haciéndote la señora, la María-Antonieta, pasearte de noche por la casa...

CLARA.— Estás loca. Si nunca me he paseado por la casa.

SOLANGE (*irónica*).— ¡Conque la señorita nunca se ha paseado! Envuelta en las cortinas, o en la colcha de encaje, ¿no es eso? Contemplándose en los espejos, pavoneándose en el balcón. Y a las dos de la madrugada saludando al pueblo que acude para desfilas debajo de su ventana. Nunca, ¿verdad?, nunca.

CLARA.— Pero, Solange...

SOLANGE.— La noche es demasiado oscura para espiar a la señora. Sobre tu balcón, ¿te creías invisible? ¿Por quién me tomas? No intentes

hacerme creer que eres sonámbula. En nuestra situación puedes confesarlo.

CLARA.— Pero, Solange, estás chillando. Por favor, habla más bajo. La señora puede volver sigilosamente. *(Corre hacia la ventana y levanta la cortina.)*

SOLANGE.— Deja las cortinas, ya he terminado. No me gusta verte levantarlas de esa manera. Tu ademán me trastorna. Déjalas caer. La mañana en que le detuvieron mientras acechaba a los policías, el señor hacía como tú.

CLARA.— El menor ademán te parece un ademán de asesino que quiere huir por la escalera de servicio. Ahora tienes miedo.

SOLANGE.— ¡Ironiza! Para excitarme. Venga, ¡ironiza! Nadie me quiere. Nadie nos quiere.

CLARA.— Ella, ella sí que nos quiere. Es buena. La señora es buena. La señora nos adora.

SOLANGE.— Nos quiere como a sus sillones. Y ni siquiera. Como a la loza rosada de sus letrinas. Como a su *bidet*. Y nosotras no podemos querernos. La mugre...

CLARA.— ¡Ah!

SOLANGE.— ... no quiere a la mugre. ¿Y crees que me voy a resignar? ¿Seguir con este juego y por la noche meterme de nuevo en la cama turca? Quizá ni siquiera podamos seguir con el juego. Y si no puedo escupir sobre alguien que me llama Clara, mis esputos van a ahogarme. Mi chorro de saliva es mi diadema de diamantes.

CLARA *(se levanta y llora)*.— Habla más bajo, por favor. Habla de la bondad de la señora.

SOLANGE.— ¿Su bondad? Es fácil ser buena y risueña y dulce... Su dulzura. ¡Cuando se es guapa y rica! ¡Pero ser buena cuando se es criada! Una se contenta con pavonearse mientras hace la limpieza o friega la loza. Se blande un plumero como si fuera un abanico. Se hacen ademanes finos con la bayeta. O como tú, una va por la noche a pagarse el lujo de un desfile histórico en los aposentos de los señores.

CLARA.— Solange. ¡Otra vez! ¿Qué andas buscando? ¿Crees que tus acusaciones van a apaciguarnos? ¡De ti podría contar cosas peores!

SOLANGE.— ¡Tú, tú!

CLARA.— ¡Claro que yo! Si quisiera, porque bien mirado todo...

SOLANGE.— ¿Todo? ¿Bien mirado todo? ¿Qué quieres insinuar? Eres tú quien hablaste de este hombre. Clara, te odio.

CLARA.— Y te lo pago con creces. Pero no iré a buscar el pretexto de un lechero para amenazarte.

SOLANGE.— De las dos, ¿quién es la que amenaza? ¿Dime? ¿Lo dudas?

CLARA.— Inténtalo primero. Dispara la primera. Eres tú quien te echas para atrás, Solange. No te atreves a acusarme de lo más grave. De mis cartas a la policía. La buhardilla quedó inundada bajo mis borradores... Páginas y páginas. Me inventé las peores historias y las más bellas de las que sacabas provecho. Anoche, mientras hacías de señora con el vestido blanco, estabas radiante. Ya te veías subiendo secretamente al barco de los deportados al...

SOLANGE.— Al Lamartinière.

CLARA.— Acompañabas al señor, tu querido... Huías de Francia. Zarpabas hacia la Isla del Diablo o la Guayana con él. Un bonito sueño. Porque yo tenía el valor de enviar mis cartas anónimas, te pagabas el lujo de ser una prostituta de alto vuelo. Una hetaira. Te sentías feliz de tus sacrificios, de llevar la cruz del mal ladrón, de limpiarle la cara, de sostenerle, de entregarte a la chusma para que le concedieran un leve alivio.

SOLANGE.— Pero tú, antes, hablabas de seguirle.

CLARA.— No lo niego. Reanudé la historia donde la habías dejado. Pero con menos violencia que tú. Ya en la buhardilla, en medio de las cartas, el vaivén te hacía danzar.

SOLANGE.— No te veías a ti misma.

CLARA.— Claro que sí. Puedo mirarme en tu cara y ver los estragos que ha hecho en ella nuestra víctima. Ahora el señor está encerrado, alegrémonos. Por lo menos escaparemos a sus burlas y estarás más a gusto para descansar sobre su pecho. Inventarás mejor su torso y sus piernas. Espiarás su manera de andar. El vaivén te hacía danzar. ¡Te entregabas a él! A riesgo de perdernos... A...

SOLANGE.— ¿Y cómo?

CLARA.— Lo preciso. Perder. Para escribir mis cartas de denuncia a la policía, necesitaba hechos, tenía que citar fechas. ¿Y qué hice yo? ¿Dime? Acuérdate, querida, su confusión ruborizada es encantadora. Te da vergüenza. Sin embargo, estabas presente. Registré los papeles de la señora y descubrí la dichosa correspondencia... (*Silencio.*)

SOLANGE.— ¿Y después?

CLARA.— ¡Me estás molestando y de verdad! ¿Después? Pues bien, luego quisiste conservar las cartas del señor. Y anoche, en la buhardilla, aún había una carta del señor dirigida a la señora. La descubrí yo.

SOLANGE (*agresiva*).— Registras mis cosas. Tú.

CLARA.— Es mi deber.

SOLANGE.— Ahora me toca a mí sorprenderme de tus escrúpulos...

CLARA.— Soy prudente, no soy escrupulosa. Mientras yo lo arriesgaba todo, arrodillándome en la alfombra para forzar la cerradura del escritorio y crear una historia con materiales verdaderos, tú, embriagada por el tema de tu amante culpable, criminal y desterrado, ¡me abandonabas!

SOLANGE.— Había colocado un espejo para ver la entrada. Estaba acechando.

CLARA.— No es cierto. Yo lo veo todo y te observo desde hace tiempo. Con tu acostumbrada prudencia te habías quedado a la entrada de la despensa, ¡dispuesta a refugiarte de un salto en el fondo de la cocina a la llegada de la señora!

SOLANGE.— Mientes, Clara. Estaba vigilando el corredor...

CLARA.— Es falso. ¡Poco faltó para que la señora me pillara in fraganti! Y tú sin preocuparte de si me temblaban las manos al registrar los papeles, ya te habías puesto en marcha, cruzabas los mares, atravesabas el ecuador.

SOLANGE (*irónica*).— Y tú, ¿qué? ¡Parece que no sabes nada de tus éxtasis! Clara, atrévete a decir que nunca has soñado con un forzado. Que nunca has soñado con ése precisamente. Atrévete a decir que no le has denunciado principalmente —¡qué bonita palabra!— para servirte de él en tu secreta aventura.

CLARA.— Todo eso lo sé y más. Soy la más lúcida. Pero la historia la inventaste tú. (*Vuelve la cabeza.*) ¡Ah!, si te vieras, Solange. El sol de la selva aún ilumina tu cara. Estás preparando la evasión de tu amante. (*Ríe nerviosa.*) ¡Cuánto trabajas! Pero tranquilízate, te odio por otros motivos, ya los conoces.

SOLANGE (*bajando la voz*).— No te temo. No pongo en duda tu odio, tu doblez; pero ten mucho cuidado. Yo soy la mayor.

CLARA.— Y eso, ¿qué significa?, ¿y quién es la más fuerte? Me obligas a que te hable de este hombre para desviar mejor mis miradas. ¡Qué tontería! ¿Crees que no te he descubierto? Intentaste matarle.

SOLANGE.— ¿Me acusas?

CLARA.— No lo niegues. Te vi (*Largo silencio.*) y tuve miedo. Miedo, Solange. Cuando hacemos la ceremonia, me protejo el cuello. Vas por mí, a través de la señora. Soy yo quien corre un peligro. (*Largo silencio. SOLANGE se encoge de hombros.*)

SOLANGE (*resuelta*).— Sí que lo intenté. ¡Quise salvarte! No lo podía resistir. Me ahogaba de verte ahogar, ruborizarte, palidecer, pudrirte en lo agrio y lo dulce de esta mujer. Tienes razón, repróchame. Te quería demasiado. Hubieras sido la primera en denunciarme si la hubiera matado. Tú me hubieras entregado a la policía.

CLARA (*la agarra por las muñecas*).— ¡Solange!

SOLANGE (*soltándose*).— ¿Qué temes? Se trata de mí.

CLARA.— Solange, hermanita mía. He hecho mal. Y ella va a volver.

SOLANGE.— No maté a nadie. Fui cobarde, ya lo ves. Hice lo que pude, pero ella se volvió durmiendo. Respiraba. Dulcemente. Hinchaba las sábanas. Era la señora.

CLARA.— Calla.

SOLANGE.— Todavía no. Quisiste saberlo. Espera, te voy a contar aún más cosas. Sabrás cómo está hecha tu hermana. De qué está hecha. Lo que hace que una sea criada: quise estrangularla...

CLARA.— Piensa en la gloria. Piensa en la gloria. Piensa en lo que viene después.

SOLANGE.— No hay nada. Ya estoy harta de arrodillarme en los bancos. En la Iglesia hubiera tenido derecho al terciopelo encarnado de las abadesas, a las piedras de las penitentes, pero por lo menos mi actitud sería noble. ¡Mira! Mira lo bien que sufre ella, con qué elegancia sufre. El dolor la transforma, la embellece aún más. Al enterarse que su querido era un ladrón, se encaró con la policía. Estaba en plena exaltación. Ahora es una abandonada soberbia, cuyos brazos sostienen dos criadas atentas y afligidas por su pena. ¿La has visto? Su pena centelleante por el resplandor de sus joyas. Por el raso de sus vestidos, ¡por las arañas! Clara, la belleza de mi crimen rescataría la pobreza de mi pena. Después hubiera prendido fuego...

CLARA.— Tranquilízate, Solange. El fuego podía no prender. Te hubieran descubierto. Ya sabes lo que les pasa a los incendiarios.

SOLANGE.— Lo sé todo. Pegué el ojo y el oído a la cerradura. Oí detrás de las puertas, más que cualquier otra criada. Lo sé todo. ¡Incendiaria! Es un título admirable.

CLARA.— Calla. Me ahogas. Me ahogo. *(Quieren entreabrir la ventana.)* ¡Hay que dejar que entre un poco de aire aquí!

SOLANGE *(inquieta)*.— ¿Qué quieres hacer?

CLARA.— Abrir.

SOLANGE.— ¿Tú también? Hace mucho tiempo que me ahogo. Hace tiempo que quería llevar la batuta frente al mundo. Chillar mi verdad por todas partes. Bajar a la calle haciéndome pasar por la señora.

CLARA.— Cállate. Quería decir...

SOLANGE.— Es demasiado temprano, tienes razón. Deja en paz la ventana. Abre las puertas del vestíbulo y de la cocina. *(CLARA abre ambas puertas.)* Vete a ver si hierve el agua.

CLARA.— ¿Sola?

SOLANGE.— Bueno, pues espera a que venga. Ella trae sus estrellas, sus lágrimas, sus sonrisas, sus suspiros. Va a corrompernos con su dulzura. *(Suenan el teléfono. Las dos hermanas siguen la conversación.)*

CLARA *(al teléfono)*.— ¿El señor? ¡Es el señor!... Soy Clara, señor. *(SOLANGE quiere el auricular. CLARA la aparta.)* Muy bien, avisaré a la señora. La

señora estará contenta de saber que el señor está en libertad... Sí, señor. Voy a apuntarlo. El señor espera a la señora en el Boliche. Muy bien. Usted lo pase bien, señor. (*Quiere colgar, pero le tiembla la mano y pone el auricular sobre la mesa.*)

SOLANGE.— ¿Está libre?

CLARA.— Le dejan en libertad condicionada.

SOLANGE.— Pero, entonces, todo se echa a perder.

CLARA (*seca*).— Ya lo ves.

SOLANGE.— Los jueces han tenido la cara dura de soltarle. Es un escarnio para la justicia. ¡Se nos insulta! Si el señor está libre querrá hacer una encuesta. Registrará la casa para descubrir a la culpable. Me pregunto si te das cuenta de la gravedad de la situación.

CLARA.— Hice lo que pude. Por nuestra cuenta y riesgo.

SOLANGE.— Buena la has hecho. Enhorabuena. Tus denuncias, tus cartas, todo sale a las mil maravillas. ¿Y si reconocen tu letra, miel sobre hojuelas? ¿Y por qué va primero al Boliche en vez de venir aquí? ¿Puedes explicarlo?

CLARA.— Ya que eres tan hábil, tenías que haber logrado tu propósito con la señora. Pero tuviste miedo. El aire estaba perfumado y la cama tibia. Era la señora. Ahora nos toca seguir con esta vida, volver a nuestro papel.

SOLANGE.— Desgraciada. Pero si precisamente el papel en sí es peligroso. Estoy segura de que hemos dejado huellas. Por tu culpa. Siempre dejamos. Veo grandes cantidades de huellas que nunca podré borrar. Y ella, se pasea en medio de todo esto amaestrándolo. Lo descifra. Coloca la punta de su pie sonrosado sobre nuestras huellas y una tras otra nos descubre. Por tu culpa la señora se burla de nosotras. La señora lo sabrá todo. Basta con que llame para que la sirvan. Se enterará de que nos poníamos sus vestidos, de que robábamos sus ademanes, de que embaucábamos a su querido con nuestras zalamerías. Todo va a hablar, Clara. Todo nos acusará. Las cortinas con la señal de tus hombros. Los espejos con la de mi cara, la luz que estaba acostumbrada a nuestras locuras. La luz va a confesarlo todo. Por tu torpeza todo se echa a perder.

CLARA.— Todo se echará a perder porque no tuviste fuerza para...

SOLANGE.— Para...

CLARA.— Matarla.

SOLANGE.— Aún puedo encontrar la fuerza necesaria.

CLARA.— ¿Dónde? ¿Dónde? No estás tan alejada como yo. No vives encima de la copa de los árboles. Un lechero se presenta a tu mente y te trastorna.

SOLANGE.— Fue por no ver su cara, Clara. Por haber estado de repente tan cerca de la señora, porque estaba cerca de su sueño. Iba perdiendo las fuerzas. Había que quitar la sábana que su pecho levantaba, para dar con su garganta.

CLARA (*irónica*).— Y las sábanas estaban tibias. La noche, oscura. Esas cosas se hacen en pleno día. Eres incapaz de cometer un acto tan terrible. Pero yo puedo conseguirlo. Soy capaz de todo, lo sabes.

SOLANGE.— El gardenal.

CLARA.— Eso es, hablemos tranquilamente. Soy fuerte, intentaste dominarme...

SOLANGE.— Pero, Clara...

CLARA (*con calma*).— Con perdón, sé lo que digo, soy Clara. Y estoy preparada. Estoy harta. Harta de ser la araña, la funda del paraguas, la monja siniestra, ¡sin dios y sin familia! Estoy harta de tener un hornillo en vez de altar. Soy la orgullosa, la podrida. Ante tus ojos también.

SOLANGE (*coge a CLARA de los hombros*).— Clara... Estamos nerviosas. La señora no llega. Yo también estoy que no puedo más. Yo también estoy hasta la coronilla de nuestro parecido, de mis manos, de mis medias negras, de mi pelo. No te hago ningún reproche, hermanita mía. Tus paseos te aliviaban...

CLARA (*molesta*).— ¡Corta!

SOLANGE.— Quisiera ayudarte. Quisiera consolarte, pero sé que te doy asco. Te repugno. Y lo sé porque tú me das asco. Quererse en la esclavitud no es quererse.

CLARA.— Es quererse demasiado. Pero estoy harta de este espejo atroz, que devuelve mi imagen como un mal olor. Eres mi mal olor. Pues bien, estoy preparada. Tendré mi corona. Podré pasearme por los aposentos.

SOLANGE.— Pensar que no podemos matarla por tan poca cosa.

CLARA.— ¿De verdad? ¿No es bastante? ¿Por qué, dime? Porque otro motivo, ¿dónde y cuándo encontraríamos mejor pretexto? ¿No es bastante? Esta noche, la señora asistirá a nuestra confusión. ¡Riéndose a carcajadas, riéndose entre lágrimas, entre densos suspiros! No, tendré mi corona. Seré esa envenenadora que no supiste ser. Ahora me toca a mí dominarte.

SOLANGE.— Pero nunca...

CLARA.— Dame la toalla, dame las pinzas, pela las cebollas, raspa las zanahorias, lava los cristales, se acabó. Olvidaba: cierra el grifo, se acaba. Tendré el mundo a mi disposición.

SOLANGE.— Hermanita mía.

CLARA.— Me ayudarás.

SOLANGE.— No sabrás qué ademanes habrá que hacer. Las cosas son más graves, Clara, más sencillas.

CLARA.— Me sostendrá el brazo firme del lechero. No se echará atrás. Apoyaré mi mano izquierda en la nuca. Me ayudarás. Y si tengo que ir más lejos, Solange, si tengo que irme al presidio, me acompañarás, subirás al barco. Solange, entre las dos seremos esa eterna pareja del criminal y de la santa. Nos salvaremos, Solange, te lo juro. *(Se deja caer, sentándose, sobre la cama de la señora.)*

SOLANGE.— Cálmate. Te voy a llevar arriba. Vas a dormir.

CLARA.— Déjame. Haz un poco de oscuridad. Haz un poco de oscuridad, por favor. *(SOLANGE apaga.)*

SOLANGE.— Descansa, descansa, hermanita mía. *(Se arrodilla, le quita los zapatos a CLARA, le besa los pies.)* Cálmate, cariño. *(La acaricia.)* Pon tus pies, eso es. Cierra los ojos.

CLARA *(suspirando)*.— Me da vergüenza, Solange.

SOLANGE *(muy despacio)*.— No hables, déjame que yo lo haga todo. Voy a adormecerte. Cuando duermas, te llevaré arriba, a la buhardilla, te desnudaré y te meteré en tu cama turca. Duerme, estaré contigo.

CLARA.— Me da vergüenza, Solange.

SOLANGE.— Calla, déjame que te cuente un cuento.

CLARA *(con voz lastimera)*.— ¿Solange?

SOLANGE.— ¿Lucero mío?

CLARA.— Oye, Solange.

SOLANGE.— Duerme. *(Larga pausa.)*

CLARA.— ¡Tienes un pelo muy bonito! ¡Qué pelo tan bonito! El suyo...

SOLANGE.— Deja de hablar de ella.

CLARA.— El suyo es postizo. *(Larga pausa.)* ¿Te acuerdas de nosotras dos? Debajo del árbol. ¡Con los pies al sol, Solange!

SOLANGE.— Duérmete, estoy contigo, soy tu hermana mayor. *(Silencio. Al cabo de un momento CLARA se levanta.)*

CLARA.— No. ¡No!, ¡ni un ápice de debilidad! ¡Enciende! ¡Enciende! Es demasiado importante este momento. *(SOLANGE enciende.)* ¡De pie! Y comamos. ¿Qué hay en la cocina? Dime. Hay que comer. Para ser fuerte. Ven conmigo. Vas a darme consejos. ¿El gardenal?

SOLANGE.— Sí. El gardenal...

CLARA.— ¡El gardenal! No pongas esa cara. Hay que estar alegre y cantar. ¡Cantemos! Canta como cuando ibas a pedir limosna en los patios y en las embajadas. Hay que reírse. *(Se ríen a carcajadas.)* Si no, la tragedia hará que nos escapemos volando por la ventana. Cierra la ventana. *(Riéndose, SOLANGE cierra la ventana.)* El asesinato es una cosa... Inenarrable. Cantemos. Nos la llevaremos a un bosque y bajo los abetos, al claro de luna, la descuartizaremos. ¡Cantaremos! ¡La enterraremos bajo las flores en nuestros arriates y los regaremos por la noche con una regaderita! *(Se oye el timbre de la puerta de entrada.)*

SOLANGE.— Es ella. Es ella quien vuelve. *(Coge a su hermana de las muñecas.)* Clara, ¿estás segura de no flaquear?

CLARA.— ¿Cuánto hay que meter?

SOLANGE.— ¡Echa diez! En su tila. Diez sellos de gardenal. Pero no te atreverás.

CLARA *(se suelta y va a arreglar la cama, SOLANGE la mira durante un instante)*.— Llevo el tubo encima. Diez.

SOLANGE *(muy de prisa)*.— Diez. Nueve no bastarían. Más, le harían vomitar. Diez. Prepara una tila muy concentrada. ¿Me has comprendido?

CLARA *(en un murmullo)*.— Sí.

SOLANGE *(va a salir, pero cambia de parecer. Con naturalidad)*.— Muy azucarada.
(Sale por la izquierda. CLARA sigue arreglando la habitación y sale por la derecha. Transcurren unos segundos. Entre bastidores se oye una carcajada nerviosa. LA SEÑORA, cubierta de pieles, entra riéndose, seguida por SOLANGE.)

LA SEÑORA.— ¡Cada vez más! ¡Horribles espadañas de un color rosado deprimente y mimoso! Esas locas estarán en el mercado central antes del amanecer para comprar las más baratas. ¡Tanta solicitud, querida Solange, para un ama indigna y tantas rosas para ella cuando al señor le tratan como a un criminal! ¡Porque, Solange, a tu hermana y a ti os voy a dar una nueva prueba de confianza! Ya no tengo esperanza. Esta vez sí que el señor está en la cárcel. *(SOLANGE le quita el abrigo de pieles.)* ¡Y encarcelado, Solange! ¡En-car-ce-la-do! ¿Qué me dices de esto? He aquí a tu ama complicada en el asunto más sucio y más tonto. ¡El señor duerme sobre la paja y vosotras me hacéis un altar!

SOLANGE.— La señora no tiene que abandonarse. Las cárceles ya no son como en tiempos de la Revolución...

LA SEÑORA.— La paja húmeda de los calabozos ha pasado de moda. Lo sé. Pero eso no impide que mi fantasía invente las peores torturas para el señor. Las cárceles están atestadas de criminales peligrosos, ¡y el señor, que es la misma delicadeza, tendrá que vivir con ellos! Me muero de vergüenza. Mientras intenta explicar su crimen, yo avanzo en medio de un arriate, bajo un cenador, con el alma desesperada. Estoy destrozada.

SOLANGE.— Sus manos están heladas.

LA SEÑORA.— Estoy destrozada. Cada vez que yo vuelva a casa mi corazón latirá con esta terrible violencia y un día caeré redonda, muerta bajo vuestras flores. Puesto que estáis preparando mi tumba, ¡puesto que desde hace unos días vais acumulando en mi habitación flores fúnebres! Pasé mucho frío pero no tendré la cara dura de quejarme por ello: Toda la «soirée» erré por los corredores. Vi hombres helados, caras de mármol, cabezas de cera,

pero pude entrever al señor. Eso sí, muy de lejos. Con la punta de los dedos le hice una seña. Apenas. Me sentía culpable y le vi desaparecer entre dos gendarmes.

SOLANGE.— ¿Gendarmes? ¿Está segura la señora? Más bien serían guardias.

LA SEÑORA.— Sabes cosas que yo misma ignoro. Fueran guardias o gendarmes, el caso es que se llevaron al señor. Acabo de despedirme de la esposa de un magistrado. ¡Clara!

SOLANGE.— Está preparando la tila de la señora.

LA SEÑORA.— ¡Qué se dé prisa! Perdona, querida Solange. Perdóname. Me da vergüenza pedir tila cuando el señor está solo sin alimento, sin tabaco, sin nada. La gente no sabe a punto fijo lo que es una cárcel. Carecen de imaginación. Yo tengo demasiada. Mi sensibilidad me hace sufrir. Atrozmente. Tenéis suerte, Clara y tú, de estar solas en este mundo. ¡La humildad de vuestra condición os ahorra muchas desgracias!

SOLANGE.— Pronto se darán cuenta de que el señor es inocente.

LA SEÑORA.— ¡Lo es, lo es! Pero inocente o culpable, nunca le abandonaré. He aquí cómo se reconoce el amor que una tiene por un ser: el señor no es culpable, pero si lo fuera yo me haría su cómplice. Le acompañaría hasta la Guayana, hasta Siberia. Sé que saldrá del apuro. Por lo menos este lío idiota me habrá permitido tomar conciencia del cariño que le tengo. Y este acontecimiento destinado a separarnos es un vínculo más entre los dos. Y me hace casi más feliz. ¡De una dicha monstruosa! El señor no es culpable, pero si lo fuera, ¡con qué alegría aceptaría yo llevar su cruz! De etapa en etapa, de cárcel en cárcel hasta la prisión para forzados. Le seguiría. A pie si fuera necesario. Hacia la prisión para forzados, hacia la prisión para forzados. ¡Solange! ¡Quiero fumar! Un cigarro.

SOLANGE.— No se lo permitirían. Las esposas de los bandidos, o sus hermanos, o sus madres, ni siquiera pueden seguirles.

LA SEÑORA.— Un bandido, qué manera de hablar, hija mía. Y qué conocimientos. Un condenado ya no es un bandido. Además, yo infringiré las órdenes. Y, Solange, seré capaz de todas las audacias, de todas las astucias.

SOLANGE.— La señora es valiente.

LA SEÑORA.— No me conoces aún. Hasta ahora tu hermana y tú habéis visto una mujer rodeada de atenciones y de ternuras, preocupada por sus tisanas y sus encajes, pero hace tiempo que acabo de abandonar mis manías. Soy fuerte. Y estoy dispuesta a luchar. Además, el señor no arriesga la guillotina. Pero conviene que me eleve a su nivel. Necesito esta exaltación para poder pensar más de prisa. Y necesito esta velocidad para ver mejor. Gracias a esto quizá llegue a vencer esta atmósfera de inquietud en la que me muevo desde esta mañana. Gracias a esto quizá adivine quién es esa policía infernal que dispone en mi casa de espías misteriosos.

SOLANGE.— No hay que apurarse. He visto que absolvían casos más graves. En el tribunal de Aix-en-Provence...

LA SEÑORA.— ¿Casos más graves? ¿Qué sabes tú de su caso?

SOLANGE.— Yo, nada. Me refiero a lo que dice la señora. Opino que quizá se trate de un asunto sin gravedad...

LA SEÑORA.— Tartamudeas. ¿Y qué sabes tú de los casos en que absuelven? ¿Frecuentas los tribunales?

SOLANGE.— Leo los resúmenes de los periódicos. Le estoy hablando de un hombre que había hecho algo peor. En fin...

LA SEÑORA.— El caso del señor es único. Se le acusa de robos idiotas. ¿Estás satisfecha? ¡De robos! Idiotas, idiotas como las cartas de denuncia que provocaron su arresto.

SOLANGE.— Convendría que la señora descansara.

LA SEÑORA.— No estoy cansada. Deje de tratarme como a una impedida. A partir de hoy dejo de ser el ama que os permitía aconsejar y entretener su pereza. Yo no soy la que merezco compasión. Vuestros gemidos me serían insoportables. Vuestra amabilidad me fastidia. Me agobia. Vuestra amabilidad, desde hace años no pudo llegar a ser nunca cariñosa. Y estas flores que están aquí para celebrar lo contrario de una boda. Solo os faltaba encender la lumbre para calentaros. ¿Podrá calentarse él en su celda?

SOLANGE.— No hay fuego, señora. Y si la señora quiere decir que carecemos de discreción...

LA SEÑORA.— No he dicho nada parecido.

SOLANGE.— ¿Desea la señora ver las cuentas del día?

LA SEÑORA.— ¡Pues claro! ¡Eres inconsciente! ¿Crees que tengo la cabeza para examinar cifras? Pero, vamos a ver, Solange, ¿me desprecias tanto como para negarme toda delicadeza? Hablar de cifras, de números, de cuentas, de recetas de cocina, de estofados y de cosas de baja estofa. Cuando tengo el deseo de quedarme a solas con mi pena. Llama a los tenderos al mismo tiempo.

SOLANGE.— Comprendemos el dolor de la señora.

LA SEÑORA.— No quiero poner colgaduras negras en casa, pero, en fin...

SOLANGE (*guardando la capa de pieles*).— Se ha roto el forro. Mañana lo entregaré al peletero.

LA SEÑORA.— Si quieres, aunque creo que no merece la pena. Ahora voy a abandonar mis vestidos; además, soy una mujer de edad. ¿Verdad, Solange, que soy una mujer de edad?

SOLANGE.— Otra vez piensa en cosas tristes.

LA SEÑORA.— Tengo ideas de luto, no te tiene que sorprender. ¿Cómo podría pensar en mis vestidos y en mis pieles cuando el señor está en la cárcel? Si el piso os parece demasiado triste...

SOLANGE.— Por favor, señora...

LA SEÑORA.— No tenéis ningún motivo de compartir mi desgracia; os lo concedo.

SOLANGE.— No abandonaremos nunca a la señora. Con lo mucho que hizo la señora por nosotras.

LA SEÑORA.— Lo sé, Solange. ¿Erais muy desdichadas?

SOLANGE.— Señora...

LA SEÑORA.— Sois casi mis hijas. Con vosotras la vida me resultará menos triste. Nos iremos al campo, tendréis las flores del jardín. Pero no os gustan los juegos. Sois jóvenes, pero nunca reís. En el campo estaréis tranquilas. Os mimaré. Y más tarde os dejaré todo lo que tengo. Además, ¿qué os falta? Tan solo con mis antiguos trajes podríais ir vestidas como unas

princesas. Y mis vestidos... *(Se dirige hacia el armario y examina sus vestidos.)* ¿Para quién serían? Abandono la vida elegante. *(CLARA entra con la tila.)*

CLARA.— La tila está preparada.

LA SEÑORA.— Se acabaron los bailes, las «soirées», el teatro. Seréis vosotras las que heredaréis todo esto.

CLARA *(secamente)*.— Que la señora conserve sus vestidos.

LA SEÑORA *(sobrecogida)*.— ¿Cómo?

CLARA *(con calma)*.— Incluso la señora tendrá que encargarse de otros más bonitos.

LA SEÑORA.— ¿Cómo podría ir de modistos? Se lo acabo de explicar a tu hermana: el señor está en la cárcel. Sé que necesitare un vestido negro para las visitas al locutorio, pero de ahí...

CLARA.— La señora estará muy elegante, el mismo dolor le dará nuevos pretextos.

LA SEÑORA.— ¿Qué dices? Es probable que tengas razón. Seguiré vistiendo bien para el señor. Pero en ese caso, ¿será necesario que invente el luto del exilio del señor? Observaré un luto aún más suntuoso que el de su muerte. Tendré nuevos vestidos y más bonitos. Y me ayudaréis llevando mis antiguos vestidos. Quizá atraiga la clemencia sobre el señor, al daros estos vestidos. Nunca se sabe.

CLARA.— Pero, señora...

SOLANGE.— La tila está preparada.

LA SEÑORA.— Déjala sobre la mesa. La beberé luego. Tendréis mis vestidos; os lo doy todo.

CLARA.— Nunca podremos encontrar nadie parecido a la señora. Si la señora supiera las precauciones que tomamos para arreglar sus vestidos. El armario de la señora es para nosotras como la capilla de la virgen. Cuando lo abrimos...

SOLANGE *(secamente)*.— La tila va a enfriarse.

CLARA.— Lo abrimos de par en par los días de fiesta. Apenas si podemos mirar los vestidos. No tenemos derecho. El armario de la señora es cosa sagrada. ¡Es su gran ropero!

SOLANGE.— Está usted charlando, y eso le cansa a la señora.

LA SEÑORA.— Se acabó. *(Acaricia el traje de terciopelo encarnado.)* Mi bonito «Fascinación», el más bonito, pobre bonito. Lanvin lo dibujó para mí. Especialmente. Venga, os lo doy. Te lo regalo, Clara. *(Se lo da a CLARA y busca en el armario.)*

CLARA.— ¡Oh! ¿La señora me lo da de verdad?

LA SEÑORA *(con sonrisa melosa)*.— Claro, ¿no te lo estoy diciendo?

SOLANGE.— La señora es demasiado buena. *(A CLARA.)* Puede usted dar las gracias a la señora. Hace mucho que lo admiraba.

CLARA.— Nunca me atreveré a ponérmelo. ¡Es tan bonito!

LA SEÑORA.— Podrás mandar que te lo retoquen. Tan solo en la cola hay suficiente terciopelo para hacer unas mangas. Te abrigará mucho. Sabiendo cómo sois, sé que necesitáis telas recias. Y a ti, Solange, ¿qué te puedo dar? Te voy a dar... Toma mis zorros. *(Los coge y los pone sobre la butaca en el centro.)*

CLARA.— Pero ¡vamos! ¡El manto de gala!

LA SEÑORA.— ¿Qué gala?

SOLANGE.— Clara quería decir que la señora se lo solía poner solo en las grandes ocasiones.

LA SEÑORA.— De ninguna manera. En fin, tenéis suerte de que se os regalen vestidos. Yo, si quiero tener uno, tengo que comprarlo. Pero encargará otros más suntuosos para que el luto del señor sea llevado de una manera más pomposa.

CLARA.— ¡Qué guapa es la señora!

LA SEÑORA.— No, no, no me deis las gracias. Da tanto gusto hacer felices a los que están en torno a uno. Lo único en que pienso es en hacer el bien. ¿Quién puede ser lo bastante malo como para castigarme? Y castigarme, ¿por qué? Me creía bien protegida de la vida. Defendida por vuestra fidelidad. Y también defendida por el señor. Pero esta coalición de amistades no ha podido hacer una barricada tan alta como para defenderme de la desesperación. ¡Estoy desesperada! ¡Cartas! Cartas que tan solo yo conozco. ¿Solange?

SOLANGE *(saludando a su hermana)*.— Diga, señora.

LA SEÑORA *(asomándose)*.— ¿Cómo? ¡Estás haciendo reverencias a Clara! Qué gracia tiene. Os creía menos dispuestas a bromear.

CLARA.— La tila, señora.

LA SEÑORA.— Te llamaba para preguntarte... ¿Pero, cómo?, ¿quién ha tocado otra vez la llave del escritorio?... Para pedirte tu opinión. ¿Quién pudo haber mandado esas cartas? Desde luego, no tenéis ni idea. Os pasa lo que a mí. Estáis tan espantadas. Pero el asunto quedará aclarado, hijas mías. El señor sabrá calar ese misterio. Quiero que se analice la letra y que se sepa quién ha podido urdir tal conspiración. El teléfono..., ¿quién ha descolgado otra vez el teléfono y por qué? ¿Han llamado? *(Silencio.)*

CLARA.— Fui yo. Fue cuando el señor...

LA SEÑORA.— El señor. ¿Qué señor? *(CLARA se calla.)* Hable.

SOLANGE.— Cuando llamó el señor.

LA SEÑORA.— ¿Qué dices? ¿Desde la cárcel? ¿El señor ha llamado desde la cárcel?

CLARA.— Queríamos darle una sorpresa a la señora.

SOLANGE.— El señor está en libertad condicionada.

CLARA.— Espera a la señora en el Boliche.

SOLANGE.— ¡Si supiera la señora!

CLARA.— La señora nunca nos lo perdonará.

LA SEÑORA *(levantándose)*.— Y no me decíais nada. Solange, venga, venga un coche, pero date prisa. Corre, vamos. *(Empuja a SOLANGE fuera de la habitación.)* Mis pieles. Venga, date prisa. Estáis locas. O me estoy volviendo loca yo. *(Se pone el abrigo de pieles. A CLARA.)* ¿Cuándo llamó?

CLARA *(con voz cadavérica)*.— Cinco minutos antes de que volviera la señora.

LA SEÑORA.— Tenían que habérmelo dicho. Y la tila ya está fría. Nunca podré esperar a que vuelva Solange. Pero ¿qué dijo?

CLARA.— Lo que acabo de decirle. Estaba muy tranquilo.

LA SEÑORA.— Siempre el mismo. Si le condenaran a muerte le traería sin cuidado. ¡Qué temperamento! ¿Y qué más?

CLARA.— Nada más. Ha dicho que el juez le dejaba en libertad.

LA SEÑORA.— ¿Cómo se puede salir del palacio de Justicia a las doce de la noche? ¿Trabajan tan tarde los jueces?

CLARA.— A veces hasta mucho más tarde.

LA SEÑORA.— ¿Mucho más tarde? Pero ¿cómo lo sabes?

CLARA.— Estoy al tanto, leo «Detective».

LA SEÑORA (*sorprendida*).— ¿De verdad? Qué cosa tan curiosa. Francamente, eres una chica muy rara. (*Consulta su reloj de pulsera.*) Podría darse prisa. (*Larga pausa.*) No te olvidarás que cosan el forro de mi abrigo.

CLARA.— Mañana lo llevaré a la peletería. (*Larga pausa.*)

LA SEÑORA.— ¿Y las cuentas del día? Me da tiempo. Enséñamelas.

CLARA.— Es Solange quién se encarga de eso.

LA SEÑORA.— Es verdad. Además, tengo la cabeza trastornada. Las miraré mañana. (*Mirando a CLARA.*) Venga, acércate, acércate. Pero si te has pintado. (*Riéndose.*) ¿Te pintas?

CLARA (*muy molesta*).— ¡Señora!

LA SEÑORA.— No mientas. Haces muy bien. Tienes que vivir, hija mía, tienes que vivir. Y eso, ¿a santo de qué? Confiésalo.

CLARA.— Me puse un poco de polvo.

LA SEÑORA.— No son polvos. Es colorete. Es el «cenizas de rosa», un antiguo colorete del que ya no me sirvo. Tienes razón, aún eres joven. Embellécete, hija mía. Arréglate. (*Le pone una flor en el pelo. Consulta su reloj de pulsera.*) ¿Qué estará haciendo? Son las doce y no vuelve.

CLARA.— Hay pocos taxis. Habrá tenido que ir corriendo hasta la parada de taxis.

LA SEÑORA.— ¿Tú crees? No me doy cuenta del tiempo que necesita. La felicidad me trastorna. ¡Mira que telefonar el señor que está libre y a estas horas!

CLARA.— La señora haría bien en sentarse. Voy a calentar otra vez la tila. (*Se prepara para salir.*)

LA SEÑORA.— Es inútil, no tengo sed. Esta noche vamos a beber *champagne*. No volveremos.

CLARA.— De verdad, un poco de tila...

LA SEÑORA (*riéndose*).— Ya estoy demasiado nerviosa.

CLARA.— Precisamente.

LA SEÑORA.— Sobre todo, no nos esperéis Solange y tú. Subid a dormir inmediatamente. (*De repente se mira en el espejo.*) Pero ese despertador, ¿qué pinta aquí? ¿De dónde viene?

CLARA (*muy molesta*).— El despertador es el despertador de la cocina.

LA SEÑORA.— ¿Eso?, nunca lo he visto.

CLARA (*coge el despertador*).— Está sobre el estante. Está siempre en el estante.

LA SEÑORA.— Es verdad que la cocina no me es demasiado familiar. Estáis en ella como en vuestra casa. Es vuestro dominio. Sois las dos soberanas de él. Me pregunto por qué lo habéis traído aquí.

CLARA.— Es Solange para hacer la limpieza. No se atreve a fiarse del reloj de pared.

LA SEÑORA (*sonriéndose*).— Es la puntualidad encarnada. Me sirven las criadas más fieles.

CLARA.— Adoramos a la señora.

LA SEÑORA (*dirigiéndose a la ventana*).— Y con razón. ¿Qué dejé de hacer por vosotras? (*Sale.*)

CLARA (*sola, amargada*).— La señora nos ha vestido como unas princesas, la señora ha cuidado a Clara o a Solange, puesto que la señora nos confundía siempre; la señora nos envolvía en su bondad. La señora nos permitía vivir juntas a mi hermana y a mí. Nos daba las chucherías que ya no le servían. Toleraba que el domingo vayamos a misa y nos coloquemos en un reclinatorio cerca del suyo.

LA SEÑORA.— Oye, oye.

CLARA.— Acepta el agua bendita que le presentamos. Y a veces con la punta de su guante nos la ofrece ella misma.

LA SEÑORA.— El taxi que llega. ¡Vamos! ¿Qué dices?

CLARA (*muy fuerte*).— Estoy recitando para mí las bondades de la señora.

LA SEÑORA (*entra de nuevo sonriendo*).— Qué de honores, qué de honores y de descuido. (*Pasa la mano por el mueble.*) Los cargáis de rosas, pero no quitáis el polvo de los muebles.

CLARA.— ¿La señora no está satisfecha del servicio?

LA SEÑORA.— Estoy encantadísima, Clara, y me voy.

CLARA.— La señora tomará un poco de tila, incluso si está fría.

LA SEÑORA (*riéndose e inclinándose hacia ella*).— Quieres matarme con tu tila, tus rosas, tus consejos. Esta noche...

CLARA (*implorando*).— Un poco tan solo.

LA SEÑORA.— Esta noche beberé *champagne*. (*Va hacia la bandeja de la tila. CLARA avanza de nuevo, lentamente, hacia la tila.*) ¡Tila! Servida en el servicio de gala. ¿Y por qué tanta pompa?

CLARA.— ¡Señora!

LA SEÑORA.— Quite esas flores, lléveselas a su habitación y descanse. (*Se vuelve como para salir.*) El señor está libre, Clara. El señor está libre y voy a juntarme con él.

CLARA.— Señora...

LA SEÑORA.— La señora se escapa. Quite esas flores de mi vista. (*Se oye un portazo después de que sale.*)

CLARA (*que ha quedado sola*).— Porque la señora es buena, la señora es guapa, la señora es dulce. Pero no somos unas ingratas. Y todas las noches en nuestras buhardillas, como lo ordena claramente la señora, rezamos por ella. Nunca levantamos la voz. Y en su presencia ni siquiera nos atrevemos a tutearnos. ¡Así es como la señora nos mata con su dulzura! Con su bondad la señora nos envenena. Porque, ¡la señora es buena, la señora es guapa, la señora es dulce! Nos permite tomar un baño todos los domingos en su propia bañera. A veces nos tiende una peladilla. Nos inunda de flores marchitas. La señora nos prepara las tisanas. La señora nos habla del señor hasta darnos celos. Porque, ¡la señora es buena, la señora es guapa, la señora es dulce!

SOLANGE.— ¿No ha bebido? Naturalmente, era de esperar; la has hecho buena.

CLARA.— Me hubiera gustado verte en mi caso.

SOLANGE.— Y te reías de mí. La señora se escapa. La señora se nos escapa. Clara, ¿cómo pudiste dejar que huyera? Va a volver a ver al señor, y lo comprenderá todo. Estamos perdidas.

CLARA.— No te ensañes. Eché el gardenal en la tila. No quiso beberla... ¿tendré yo la culpa?...

SOLANGE.— Como siempre.

CLARA.— ... tu lengua estaba impaciente de anunciar la salida del señor de la cárcel.

SOLANGE.— La frase empezó en tu propia boca...

CLARA.— Se acabó en la tuya.

SOLANGE.— Hice lo que pude. Quise retener las palabras... No intercambies las acusaciones. Obré para que todo saliera bien, para darte el tiempo necesario para prepararlo todo, bajé por la escalera lo más despacio que pude. Me metí por las calles más solitarias, encontraba taxis a manadas, no podía ya evitarlos. Creo que paré uno sin darme cuenta y mientras yo estiraba el tiempo tú lo echabas todo a perder. Dejabas de vigilar a la señora. No hay más remedio que huir. Llevemos nuestras cosas. Larguémonos.

CLARA.— Todas las astucias eran inútiles. Estamos malditas.

SOLANGE.— Maldita tú. Otra vez vas a hacer tonterías.

CLARA.— Sabes a qué me refiero. Sabes que nos abandonan los objetos.

SOLANGE.— ¿Crees que los objetos nos hacen caso?

CLARA.— Es lo único que hacen. Nos traicionan. Y tenemos que ser grandes culpables para que nos acusen con tanta porfía. Los he visto a punto de revelárselo todo a la señora. Después del teléfono les tocó a nuestros labios traicionarnos. Tú no asististe como yo a todos los descubrimientos de la señora. Porque la vi que avanzaba con seguridad hacia la revelación. No adivinó nada, pero «se quemaba».

SOLANGE.— La dejaste que se fuera.

CLARA.— He visto a la señora, Solange. La he visto cuando descubrió el despertador de la cocina que se nos olvidó poner en su sitio. Cuando descubrió los polvos en la coqueta. Cuando descubrió el colorete mal borrado

de mis mejillas. Cuando descubrió que leíamos «Detective». No cesaba de descubrimos. Estaba sola para aguantar todos esos choques, para vernos caer.

SOLANGE.— Hay que huir. Llevemos nuestras cosas. De prisa, Clara, de prisa, Clara... cojamos el barco... cojamos el tren... cojamos el barco.

CLARA.— Marcharnos, ¿adónde? Unirnos, ¿con quién? No tendré fuerzas para llevar una maleta.

SOLANGE.— Vámonos. Vamos a cualquier sitio. Con cualquier cosa.

CLARA.— ¿Adónde iríamos? ¿Qué haríamos para vivir? Somos pobres.

SOLANGE (*mirando en torno suyo*).— Clara, llevémonos... llevémonos...

CLARA.— ¿El dinero? No lo consentiría. No somos ladronas. La policía nos pescaría enseguida. Y el mismo dinero nos denunciaría. Desde que vi cómo los objetos nos revelaban unos tras otros, me dan miedo, Solange. El menor error puede entregarnos a la policía.

SOLANGE.— ¡A la porra! ¡Que todo vaya a la porra! Tendremos que encontrar el modo de huir.

CLARA.— Hemos perdido... es demasiado tarde.

SOLANGE.— ¿No crees que vamos a seguir así? Acongojadas. Volverán mañana los dos. Se habrán enterado de dónde procedían las cartas. Se habrán enterado de todo. De todo. No viste tú cómo ella centelleaba. Su manera de andar en la escalera. Su manera de andar triunfante. Su felicidad atroz. Toda su alegría estará hecha de nuestra vergüenza. Su triunfo es nuestra vergüenza. Su vestido es nuestra vergüenza. Sus pieles... ¡Vaya!, ha vuelto a coger las pieles.

CLARA.— Estoy tan cansada.

SOLANGE.— Es el momento oportuno para que usted se queje. Su delicadeza se deja ver en el momento preciso.

CLARA.— Demasiado cansada.

SOLANGE.— Es evidente que las criadas son culpables si la señora es inocente. Es tan sencillo ser inocente, señora. Pero si yo me hubiera encargado a mí misma su ejecución, juro que la hubiera llevado a cabo.

CLARA.— Pero, Solange...

SOLANGE.— A cabo. ¡Esa tila envenenada! Esa tila que usted se atrevía a rechazar, yo le hubiera abierto las mandíbulas para obligarle a tragársela. Negárame a morir. Usted. Cuando estaba dispuesta a pedírselo de rodillas, con las manos juntas, besando su vestido.

CLARA.— No era tan fácil, rematarla.

SOLANGE.— ¿Cree usted? Yo hubiera logrado hacerle a usted la vida imposible. Y la hubiera obligado a que me suplicara que le ofreciera este veneno y quizá se lo hubiera negado. De todos modos la vida se le hubiera hecho intolerable.

CLARA.— Clara o Solange, me está usted irritando, porque las confundo. Clara o Solange, me está usted irritando y me incita a la cólera. Porque le acuso a usted de todas las desgracias.

SOLANGE.— Atrévase a repetirlo.

CLARA.— Le acuso de ser culpable del más espantoso de los crímenes.

SOLANGE.— Está usted loca o borracha. Porque no se trata de crimen, Clara. No podrá nunca acusarnos de un crimen preciso.

CLARA.— Lo inventaremos, pues, porque... (*Jadeando detrás del biombo.*) ¡Quería insultarme! ¡No se moleste! Escúpame en plena cara. Cúbrame de lodo y de basura.

SOLANGE.— ¡Es usted muy guapa!

CLARA.— Ahórrese los prolegómenos. Hace tiempo que ha hecho inútiles las mentiras, ¡las dudas que llevan a la metamorfosis! ¡Date prisa! ¡Date prisa! Ya no puedo más con tanta vergüenza y tantas humillaciones. El mundo puede oírnos, sonreírse, encogerse de hombros, llamarnos locas y envidiosas. Me estremezco. Siento un escalofrío de placer. Clara, ¡voy a relinchar de alegría!

SOLANGE.— ¡Es usted muy guapa!

CLARA.— Empieza con los insultos.

SOLANGE.— ¡Es usted muy guapa!

CLARA.— ¡Adelante! Déjese de preludios. Vaya a los insultos.

SOLANGE.— Usted me deslumbra. No lo podré nunca.

CLARA.— He dicho que comiencen los insultos. No esperará usted que después de haberme puesto este vestido, voy a oír celebrar mi belleza. ¡Cúbrame de odio! ¡De insultos! ¡De esputos!

SOLANGE.— Ayúdeme.

CLARA.— Odio a los criados. Odio su casta odiosa y ruin. Los criados no pertenecen a la humanidad, se infiltran. Son una exhalación que se estanca en nuestras habitaciones, en nuestros corredores, que nos cala, que nos entra por la boca, que nos corrompe. De verla, me entran ganas de vomitar. *(SOLANGE hace un movimiento para ir a la ventana.)* Quédate aquí.

SOLANGE.— Voy subiendo poco a poco...

CLARA.— Sé que son necesarios como los sepultureros, como los poceros, como los policías. Toda esta gentuza es fétida, no obstante.

SOLANGE.— Siga, siga.

CLARA.— Vuestras jetas de espanto y de remordimientos, vuestros codos arrugados, vuestras blusas pasadas de moda, vuestros cuerpos hechos para llevar nuestra ropa usada. Sois nuestros espejos de feria. Nuestra válvula de escape, nuestra vergüenza, nuestras heces.

SOLANGE.— Siga, siga.

CLARA.— Estoy al borde. Date prisa, por favor. Sois... sois... Dios mío, estoy vacía, no encuentro nada más. Se me han agotado los insultos. Clara, ¡usted me agota!

SOLANGE.— Déjeme que salga. Vamos a hablar al mundo. Que se asome a las ventanas para vernos, tiene que escucharnos. *(Abre la ventana, pero CLARA la echa hacia atrás.)*

CLARA.— La gente de enfrente va a vernos.

SOLANGE *(ya en el balcón)*.— Es lo que espero. Es una buena noche. ¡El viento me exalta!

CLARA.— ¡Solange! ¡Solange! Quédate conmigo. Vuelve.

SOLANGE.— He alcanzado el nivel. La señora tiene a su favor su canto de tórtola, su querido, su lechero.

CLARA.— Solange...

SOLANGE.— Silencio. Su lechero mañanero, su mensajero del alba, su campaneó delicioso, su dueño pálido y encantador. Ya se acabaron. Todos preparados para el baile.

CLARA.— ¿Qué haces?

SOLANGE (*solemne*).— Interrumpo el curso. ¡De rodillas!

CLARA.— Solange...

SOLANGE.— ¡De rodillas!

CLARA.— ¡Exageras!

SOLANGE.— ¡De rodillas!; por fin sé cuál es mi destino.

CLARA.— Me está matando.

SOLANGE (*dirigiéndose hacia CLARA*).— Eso espero. Mi desesperación me hace indómita. Soy capaz de todo. ¡Estábamos malditas!

CLARA.— Cállate.

SOLANGE.— No tendrá que ir hasta el crimen.

CLARA.— ¡Solange!

SOLANGE.— No se mueva. Que la señora me escucha. Usted dejó que ella se escapara. ¡Usted! ¡Qué pena decirle todo mi odio! Que no pueda contarle todas nuestras muecas. Pero tú, tan cobarde, tan boba, dejaste que huyera. Ahora está bebiendo *champagne*. ¡No se mueva! ¡No se mueva! La muerte está presente y nos acecha.

CLARA.— Déjame salir.

SOLANGE.— No se mueva. Quizá vaya a descubrir con usted el medio más sencillo y el valor, señora, de liberar a mi hermana y al mismo tiempo llevarme a mí misma a la muerte.

CLARA.— ¿Qué vas a hacer? ¿Dónde vamos a ir a parar con todo esto?

SOLANGE.— Por favor, Clara, contéstame.

CLARA.— Solange, dejemos el asunto. Estoy que no puedo más, déjame.

SOLANGE.— Yo seguiré sola, sola, querida. No se mueva. Disponiendo de tan maravillosos medios, era imposible que la señora saliera ilesa. (*Avanzando hacia CLARA*.) Y esta vez, quiero terminar de una vez con una chica tan cobarde.

CLARA.— Solange, Solange. ¡Socorro!

SOLANGE.— Chille, si quiere. Dé el último grito, señora, si lo desea. *(Empuja a CLARA, que se queda acurrucada en un rincón.)* Por fin. La señora ha muerto. Tendida en el linóleo... Estrangulada con los guantes de fregar la loza. ¡La señora puede quedar sentada! La señora puede llamarme señorita Solange. Precisamente, por lo que hice. El señor y la señora me llamarán señorita Solange Lemercier... La señora tenía que haberse quitado ese vestido negro, es grotesco. *(Imita la voz de la señora.)* Estoy reducida a ir de luto por mi criada. A la salida del cementerio todos los criados del barrio desfilaron delante de mí, como si hubiera pertenecido a la familia. Afirmé tantas veces que ella formaba parte de la familia... La muerta habrá tomado la broma al pie de la letra. ¡Sí, señora!... La señora y yo somos iguales y ando con la cabeza erguida... *(Se ríe.)* No, señor inspector, no. No sabrá usted nada de mi faena, nada de nuestra faena común. Nada sobre nuestra colaboración en ese crimen... Los vestidos, la señora puede guardarlos. Mi hermana y yo teníamos los nuestros. Los que nos poníamos de noche en secreto. Ahora tengo mi vestido y usted y yo somos iguales. Llevo el traje rojo de las criminales. ¿Le hago gracia al señor? ¿Le hago sonreír al señor? ¿Cree que estoy loca? Opino que las criadas tienen que tener suficiente buen gusto como para no hacer ademanes reservados a la señora. De verdad, ¿me perdona? Es la bondad misma. Quiere competir en nobleza conmigo. Pero he conquistado la más áspera... Ahora estoy sola. Espantosa. Podría hablarle con crueldad, pero quiero ser buena. La señora remontará su miedo. Lo logrará muy fácilmente. Entre sus flores, sus perfumes, sus vestidos. Ese vestido blanco que usted llevaba por la noche en el baile de la Ópera. Ese vestido blanco que le prohíbo siempre que se ponga. Y entre sus joyas, sus queridos. Yo tengo a mi hermana. Sí, me atrevo a hablar de ella. Me atrevo, señora. Me puedo atrever a todo. ¿Y quién podría mandarme que me callara? ¿Quién tendría el valor de decirme «hija mía»? He servido. Hice los gestos necesarios para servir. Sonreí a la señora. Me incliné para hacer la cama. Me incliné para fregar los baldosines, me incliné para pelar la verdura, para escuchar detrás de las puertas, para pegar mi ojo a la cerradura. Pero ahora me quedo tiesa. Y recia. Soy la estranguladora. La señorita Solange, la que estranguló a su

hermana. ¿Que me calle? La señora es muy delicada, la verdad. Pero me compadezco de la señora. Me da lástima la blancura de la señora, su piel de seda, sus orejas diminutas, sus muñecas estrechas... Soy la gallina negra, tengo mis jueces. Pertenezco a la policía. ¿Clara? Quería mucho, pero mucho, a la señora... No, señor inspector, no explicaré nada en presencia de ellos. Esas cosas solo nos interesan a nosotros. Ésta, chiquita, es nuestra noche, ¡la nuestra! *(Enciende un cigarro y fuma torpemente. El humo la hace toser.)* Ni usted ni nadie sabrán nada, excepto que esta vez, Solange fue hasta el final. La están viendo vestida de rojo, va a salir. *(SOLANGE avanza hacia la ventana, la abre y se sube al balcón. Va a decir de espaldas al público y frente a la noche, el discurso siguiente. Una brisa ligera hace mover las cortinas.)* Salir, bajar por la gran escalera: la policía la acompaña. Asómense al balcón para verla andar entre los penitentes negros. Son las doce del día. Lleva una antorcha de nueve libras. El verdugo la sigue de cerca. En el oído le cuchichea palabras de amor. ¡El verdugo me acompaña, Clara! ¡El verdugo me acompaña! *(Ríe.)* La llevarán en procesión todas las criadas del barrio, todos los criados que la han acompañado a su última morada. *(Mira hacia afuera.)* Llevan coronas, flores, banderas, gallardetes. Se oye el toque de muerte. El entierro despliega su pompa. Es bonito, ¿verdad? Primero van los jefes de comedor con frac, sin solapas de seda. Llevan sus coronas. Luego vienen los lacayos, con calzones y medias blancas. Llevan sus coronas. Luego vienen los ayudas de cámara, luego las doncellas, que llevan nuestras libreas, luego las porteras, luego otras delegaciones del cielo. Y yo los conduzco. El verdugo me mece. Me aclaman. Estoy pálida y voy a morir. *(Entra.)* ¡Cuántas flores! Le han hecho un bonito entierro, ¿verdad? Clara, pobrecita. *(Se pone a sollozar y se deja caer en una butaca... Se levanta.)* Es inútil, señora, obedezco a la policía. Tan solo ella me comprendió. Ella también pertenece al mundo de los réprobos. *(Acodada a la puerta de la cocina, desde hace un momento, CLARA, visible tan sólo para el público, escucha a su hermana.)* Ahora somos las señoritas Solange Lemercier. La acusada Lemercier. La Lemercier. La famosa criminal. *(Cansada.)* Clara, estamos perdidas.

CLARA *(lánguida, voz de la señora).*— Cierre las ventanas y corra las cortinas. Está bien.

SOLANGE.— Es demasiado tarde, todos están acostados. No sigamos.

CLARA *(con la mano le indica que se debe callar)*.— Clara, usted me servirá tila.

SOLANGE.— Pero...

CLARA.— He pedido mi tila.

SOLANGE.— Estamos muertas de cansancio. Hay que cortar. *(Se sienta en la butaca.)*

CLARA.— ¡Ni hablar! ¿Cree usted, jovencita, que va a salvarse tan fácilmente? Sería demasiado sencillo conspirar con el viento. Hacer de la noche su cómplice.

SOLANGE.— Pero...

CLARA.— No discutas. A mí me toca disponer de estos últimos minutos. Solange, conservarás en ti mi recuerdo.

SOLANGE.— No, no, estás loca. ¡Vamos a irnos! Venga, de prisa, Clara. No permanezcamos aquí ni un minuto más. La casa está envenenada.

CLARA.— Quédate.

SOLANGE.— Clara, ¿es que no ves qué débil estoy, qué pálida?

CLARA.— Eres muy cobarde, obedéceme. Estamos en la misma orilla, Solange; iremos hasta el final. Quedarás tú sola para asumir nuestras dos existencias. Necesitarás mucha fuerza. Nadie se enterará entre los forzados que te acompaño secretamente. Y sobre todo, cuando te condenen, no te olvides de que llevas en ti mi recuerdo. Con todas las precauciones. Seremos guapas, libres y alegres. Solange, no tenemos ni un minuto que perder. Repite conmigo...

SOLANGE.— Habla, pero en voz baja.

CLARA *(como un autómata)*.— La señora tendrá que tomar su tila.

SOLANGE *(duramente)*.— No, no quiero.

CLARA *(agarrándola por la muñeca)*.— Zorra, repite. La señora tendrá que tomar su tila.

SOLANGE.— La señora tendrá que tomar su tila...

CLARA.— Porque tiene que dormir...

SOLANGE.— Porque tiene que dormir...

CLARA.— Y me quedará velándola.

SOLANGE.— Y me quedaré velándola.

CLARA *(se tumba en la cama de la señora)*.— Repito. No me interrumpas más.

¿Me oyes? ¿Me obedeces? *(SOLANGE asiente con la cabeza.)* ¡Repito!, ¡mi tila!

SOLANGE *(vacilando)*.— Pero...

CLARA.— He dicho, ¡mi tila!

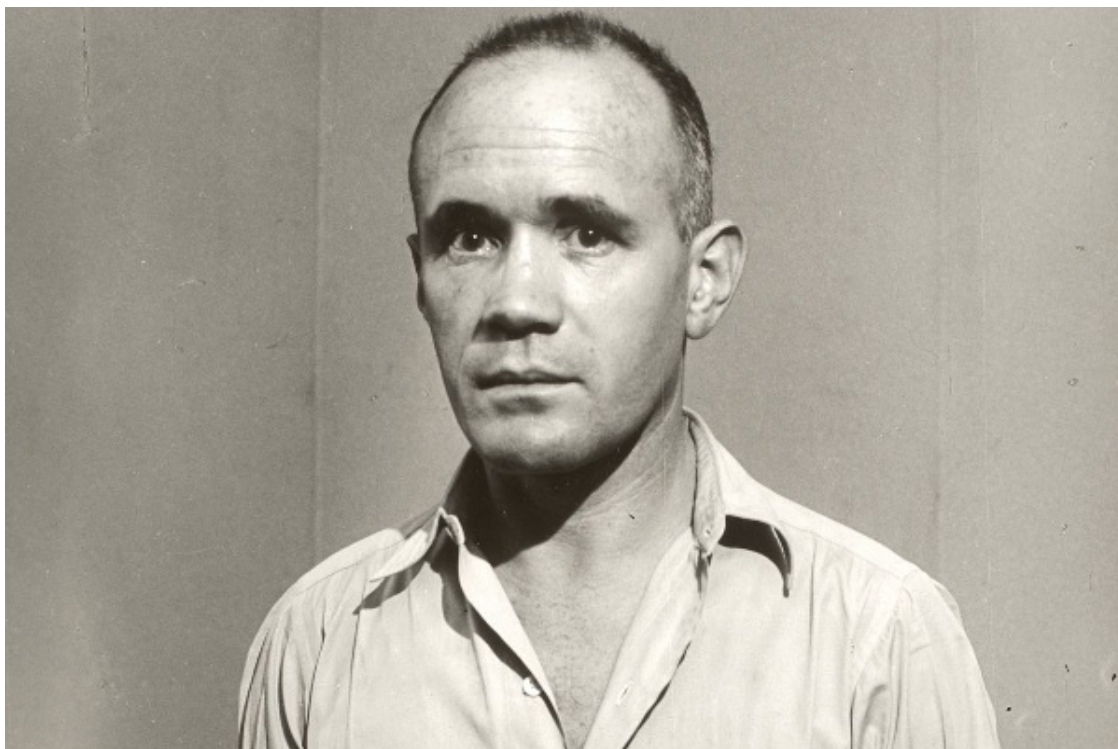
SOLANGE.— Pero, señora...

CLARA.— Eso es, sigue.

SOLANGE.— Pero, señora, está fría.

CLARA.— Sin embargo, la beberé. Dámela. *(SOLANGE trae la bandeja.)* Y la has servido en la taza más preciosa... *(Coge la taza y bebe, mientras SOLANGE, frente al público, permanece inmóvil, cruzadas las manos como si llevara esposas.)*

TELÓN



JEAN GENET (París, Francia, 19 de diciembre de 1910 - París, Francia, 15 de abril de 1986). De padre desconocido, su madre (una joven prostituta) lo entregó a la asistencia pública a la edad de un año, permaneciendo allí hasta los ocho. De los ocho a los diez vivió con un carpintero de Morvan y su familia, a los que hizo víctimas de sus primeros robos, pese a que siempre se habían preocupado por él y le tenían mucho cariño. Durante su periodo escolar fue un alumno aventajado, obteniendo las más altas calificaciones. Sin embargo, esta época de su vida está plagada de intentos de fuga y hurtos menores. A la edad de diez años, Genet se convirtió en un auténtico ladrón, pasó su adolescencia en prisiones juveniles y más tarde acabó prostituyéndose.

A los 18 años se alistó en el ejército. Su vida militar acabó de forma súbita tras ser declarado culpable de realizar actos impúdicos (fue atrapado en actitud homosexual) con un compañero. A partir de ese momento prosiguen sus andanzas como vagabundo, ladrón y chaperero por toda Europa. En 1937 regresa a París, dónde entra y sale de la cárcel en numerosas ocasiones acusado de robo, mendicidad, falsificación de documentos, y conducta impúdica y obscena. Tras diez condenas consecutivas, sobre Genet pendía la amenaza de la cadena perpetua. Fue gracias a Jean-Paul Sartre, Jean Cocteau, Pablo Picasso y otros personajes de la vida artística e intelectual francesa que

pidieron el indulto personalmente al Presidente de la República y su condena fue finalmente revocada en 1948. Genet nunca volvería a ser encarcelado.

En 1949 ya había publicado cinco novelas, tres obras teatrales y varios poemas. En ellas retrataba de forma totalmente explícita y provocadora tanto el crimen como la homosexualidad, motivo por el que su obra fue, no solo censurada, sino prohibida en muchos países. Su vida amorosa estuvo estrechamente ligada a Abdallah, un funambulista que acabó con su propia vida en 1964. Tras este suceso, Genet también intentó suicidarse.

A finales de los años 60 se acentuó su compromiso político, especialmente después de los eventos de Mayo del 68 (incluso homenajeó a Daniel Cohn-Bendit, líder de los estudiantes revolucionarios). Declarando que si bien se trataba de una revolución imposible, lo importante era que «la ideología del Mayo Francés es una mezcla de exaltación de la juventud y de rechazo a la autoridad y a la jerarquía». Participó en manifestaciones para llamar la atención sobre las penosas condiciones de vida de los inmigrantes en Francia. Sus convicciones políticas le llevaron también a apoyar a los Panteras Negras, que le invitaron a los EE. UU. donde vivió durante tres meses en 1970 dando charlas, asistiendo al juicio de Huey Newton (su líder), y escribiendo artículos para sus periódicos. También en 1970 tuvo acceso a los campos de refugiados en los Territorios Palestinos, entrevistándose secretamente con Yasir Arafat.

En 1984 la Academia Francesa le concedió el Premio Nacional de Literatura.

Poco tiempo después Genet desarrolló un cáncer de garganta. Fue hallado muerto, muerte probablemente causada por un traumatismo craneal tras una caída fatal. Casi olvidado, fue enterrado en el cementerio español de Larache, Marruecos.

Desde 1940 a 1946, escribe sus primeras obras en las cárceles de Fresnes, de Tourelles, y de la Santé. Su primera novela, considerada la mejor de sus obras, fue *Santa María de las Flores* (1944), que narra un viaje por el inframundo del hampa parisina. Dos años más tarde, en *El milagro de la rosa* (1946), escribe sobre su vida en la prisión y el reencuentro con antiguos amantes juveniles del reformatorio. Sin embargo, en 1947, su prosa toma un giro inesperado con la novela *Pompas Fúnebres*, redactada con un lenguaje más hermético y experimental que las anteriores. En esta, su tercera novela, Genet recuerda los combates en París, en los últimos momentos de la Ocupación nazi. Y lo hace a través de uno de sus antiguos amantes, miembro de la Resistencia. No obstante, la trama es un mero armazón narrativo para

desarrollar un ejercicio demoledor de estilo literario y provocación moral. Una provocación que aún se hará más evidente en su siguiente novela: *Querelle de Brest* (1947). Sin duda, su obra más conocida y celebrada, siempre al borde del abismo, con un estilo duro e impactante, que narra la redención de un asesino a través del envilecimiento. Una visión muy distinta al santo delincuente, al vagabundo eterno que protagoniza en su obra autobiográfica *Diario del ladrón* (1949), donde rememora sus propias andanzas como trotamundos, carterista y prostituto en los años treinta, en un viaje al lado más sórdido del Barrio Chino de Barcelona, en los años anteriores a la Guerra Civil.